Aviso legal

Artículo: Breve reflexión crítica a propósito de Alfonso Reyes

Autor: Bosque Lastra, María Teresa

Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 4, año IV, núm. 22 (julio-agosto de 1990), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Bosque, M. T. (1990). Breve reflexión crítica a propósito de Alfonso Reyes. *Cuadernos Americanos, 4*(22), 19-24. https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/

D.R. © 1990 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510
México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México.
https://cialc.unam.mx/
Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es

Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es
En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

BREVE REFLEXION CRITICA A PROPOSITO DE ALFONSO REYES

Por *María Teresa* Bosque Lastra
CCYDEL, UNAM

"Monstruo de la naturaleza" llamaron a Lope de Vega sus contemporáneos, considerando más que la calidad, la cantidad de sus obras, y nosotros podemos decir que nuestro mexicano universal, Alfonso Reyes, fue un "prodigio intelectual ingente", cuya producción escrita nos abruma en su caso menos por la cantidad, con ser ésta extensa, que por sus finas cualidades y profundidad literaria. Difícil resulta abordar su obra de temas tan distintos: ¿por dónde penetrar en el mundo prodigioso del escritor, que tantos puntos de interés presenta? Temas mexicanos, temas helénicos y europeos y temas hispánicos constituyen el mayor volumen de su producción; pero no podemos desdeñar en el asedio crítico a su vasta heredad literaria, un indiferente general temático muy variado en donde la sentencia terenciana relativa al interés del hombre por todo lo humano se muestra palpable en todos sus libros, ensayos, estudios y poemas.

Como homenaje por el centenario del natalicio de este ilustre regiomontano nos hemos decidido a deslindar, como lo hace el propio Alfonso Reyes, un tema, que se refiere a los prolegómenos de la teoría literaria, que él aborda en una obra aparecida en 1944: *El deslinde*.

En el capítulo III de la Segunda Parte de *El deslinde* se propone Reyes "establecer el límite entre la literatura y no-literatura", pero nos advierte que su propósito no es definitivo pues él "sólo quiere adivinar rumbos"; que sus conclusiones poseen el carácter de aproximaciones, de tendencias; en suma, que su deslinde no contiene sino "unas vagas señales". Sabido es que dicho libro ha sido uno de los que más ha renegado el propio autor, porque la teoría literaria que allí presenta le produjo no pocos quebraderos de cabeza a causa de las preguntas que se suscitan frente a dicha tesis: ¿Es

la literatura susceptible de deslinde?, y si lo es ¿en qué grado? ¿Cómo se ha establecido la comparación de la literatura con la historia y la ciencia?

De acuerdo con la distinción que establece el autor entre literatura y no-literatura, añadiremos que por lo que toca a lo primero se ha de entender por ello lo que expresa el hombre en cuanto humano: experiencia pura; por lo que respecta a lo segundo, se ha de entender la consideración del hombre en cuanto profesional de cualquier actividad intelectual: experiencia específica. Dentro de la literatura distingue Reyes la literatura que llama en pureza, y la literatura ancilar o expresión literaria que sirve de vehículo a fines y contenidos no literarios. Pasa a continuación a describirnos el cuadro fundamental de posturas teóricas posibles: teológica (investigación de la ciencia absoluta), filosófica (investigación del ser), histórico-científica (investigación del suceder) y literaria (expresión por la mente de sus propias creaciones). De este cuadro fundamental descarta de plano la filosofía, provisionalmente la teología y una de las ciencias, la matemática; después procede el autor al deslinde de los tres campos restantes: la historia, la ciencia y la literatura, que constituyen lo que él llama la primera tríada teórica.

Siguiendo el pensamiento de Reyes, cuando la mente investiga *el suceder*, tenemos la historia y la ciencia. La primera es, por tanto, una ciencia de lo real, pero dotada de una cierta *singularidad*: una singularidad que es la que permite distinguir o contraponer "la historia a las demás ciencias de lo real". El orden histórico, prosigue Reyes, es el que se encarga de registrar los hechos: descubrimiento, narración, explicación, etapa última que lo aproxima a la ciencia. Al llegar aquí Reyes declara que no le concierne la discusión de esas etapas de la historia: "por sobre las concepciones [historiográficas] que cada época o autor tengan de la historia —escribe— nos atenemos aquí al mínimo estable de la noción. Este mínimo general consiste en que la historia se ocupa de las relaciones humanas"; ahora bien, la descripción de esas relaciones presenta diversas modalidades de asunto que pueden asimismo admitir contagios de tipo mental. Conviene, pues, realizar el primer deslinde entre la literatura y la historia, explicitando cuidadosamente las modalidades y contaminaciones que se dan entre ambas disciplinas. Se trata de separar los campos establecidos entre la historia y la ciencia, puesto que por el hecho mismo de que ambas investigan el suceder, es urgente deslindarlas y aclarar el sentido de los servicios que la ciencia presta a la historia.

Para Reyes la ciencia es "un conjunto de conocimientos e investigaciones que poseen un grado suficiente de unidad y generalidad, y que pueden permitir a quienes los contemplan el llegar a conclusiones concordantes que no resultan de convenciones arbitrarias de gustos e intereses individuales, sino de relaciones objetivas que se descubren gradualmente, y que se confirman por métodos definidos de verificación". Admitida esta definición y aceptando con Alfonso Reyes que la historia es una ciencia, resulta que ésta queda incluida en los términos descritos, aun cuando se trate de una ciencia dotada —según se sabe— de cierta irregularidad. Más adelante señala que la diferencia entre el "orden histórico (registro de hechos: descripciones, narración y explicación) y el orden científico, es que este último procede por comparación y abstracción en los hechos y formula (conclusión científica) leyes generales. De todo lo expuesto podemos deducir que la "cierta irregularidad" de que está dotada la "ciencia de la historia, consiste en que es una ciencia que ni utiliza el método científico, ni llega a conclusiones de índole científica. Esta conclusión, como se advierte, es desconcertante y no se ve claramente cómo a pesar de ello se puede insistir en considerar ciencia a la historia, al menos que se trate de una ciencia del espíritu (ideográfica). El método *sui generis* de la Historia no concuerda con el método científico, porque el método histórico tiene como base un principio de selección de los hechos determinado subjetivamente por convenciones científicamente arbitrarias y por intereses vitales. En la historia no hay, por lo mismo, hipótesis —lo que el mismo Reyes admite más adelante— ni problemas, ni conclusiones en el sentido científico de la palabra, ni mucho menos hay confirmación de verdades por métodos definidos de verificación.

A partir de aquí, el autor procede al deslinde de la ciencia respecto de la literatura y la historia. La ciencia y la historia reciben contaminaciones frecuentes de la literatura, pero a ésta rara vez le ocurre lo contrario, es decir que casi nunca queda contaminada por las dos primeras. Ello se explica, según Reyes, porque la ciencia y la historia se ocupan del *suceder real*, mientras que la literatura es únicamente ficción o fingimiento en el sentido más profundo y extenso. Resulta así que existe un suceder real al que corresponden la ciencia y la historia: suceder transitorio para ésta, permanente para aquélla. Y hay además un *suceder ficticio*, que es el propio de la literatura. Lo que separa a los dos es, de acuerdo con Reyes, una diferencia de intención y en consecuencia, la diferencia des-

cansa en la intencionalidad del sujeto que puede crear un "suceder ficticio" más o menos libre, pero distinto del suceder real. Hay que aclarar que para Reyes, aunque la ficción es libertad, está sujeta siempre, en mayor o menor grado, al suceder real; de aquí la existencia de una ficción de lo imaginado, de una ficción de lo real, resultado siempre de un proceso intencional. La intención literaria creadora del suceder ficticio consiste en el propósito desinteresado de armar un sistema de ciertos efectos que estudia la estética; no es, por tanto, una mentira urdida, sino una intención cuyo rumbo u objetivo es el "puro fin estético".

Hasta aquí llega nuestro resumen de lo que nos interesaba para nuestro propósito de *El deslinde,* de Reyes. Dejamos, por lo mismo, sin resumir y analizar la parte que trata del deslinde desde el punto de vista del lenguaje y la que se refiere a la vinculación de la literatura con las demás bellas artes.

Para Reyes la literatura es una esencia; es decir, se refiere o trata al hombre desnudo en su esencial naturaleza de hombre; afirmación que, como puede verse, resulta ahistórica, abstracta, general e idealista por cuanto se prescinde de lo histórico, concreto y particular de las épocas, países y géneros concretos.

La literatura, según Reyes, es ficción o fingimiento, a la vez en el sentido más profundo y extenso; la ciencia y la historia, en cambio, se ocupan, según ya apuntamos, del suceder real. Sin embargo Reyes no cae en la cuenta de que el fingimiento, esencia de la literatura, también es un suceder real, también es un hecho histórico y que, por consiguiente, la literatura queda también contaminada en su intimidad misma por la historia. Así pues, la literatura no sólo es *complementación* de la historia, como admite Reyes, no sólo es fuente sustituta o complementaria —ya absoluta o relativa— sino que es fuente en cuanto ficción. Considerada así la literatura por la historia, deja de ser *fingimiento* para convertirse en *suceder real*. Contra lo que opina Reyes, tanto el toque biográfico del héroe de Stendhal —que concurre a la batalla de Waterloo sin percatarse de lo que sucede— como lo puramente inventado o imaginado, son todos *hechos* que interesan por igual a la historia, cuando éste toma a *La Cartuja de Parma* como fuente, considerándola en el sentido estricto y pleno de la palabra *fuente*. Mas Reyes no la considera así, puesto que su luminoso estudio es únicamente la defensa del más puro idealismo literario y puesto que, de acuerdo con su tesis, la literatura es expresión de las propias creaciones de la men-

te, y dado asimismo que la intencionalidad del sujeto es lo que transforma en valores las notas del lenguaje y crea formas armoniosas.

Como excelente escritor Alfonso Reyes utiliza la belleza literaria en su narración de los sucesos históricos; pero no se queda aquí, sino que ahonda en la belleza estética propia de la historia, que se encuentra en las entrañas del pasado. De esta suerte la historia necesita del aliciente de la literatura para hacer de ella una cosa viva. "Historia y Literatura", como escribe él en *El deslinde*, producto de la "hora varonil de las abstracciones", "se mecieron juntas en la cuna de la mitología", como por su parte acota Alfonso Rangel Guerra.[1]

Por ello consideramos que sería mejor reducir la tríada reyesina a la pareja Ciencias y Artes, concibiéndolas como dadas ambas en la Historia. La literatura sería así una de las artes, distinta a las otras, pero semejante a ellas por ser *mostración del suceder real*. La Ciencia y el Arte hallarían mutuas relaciones y la Historia, en cuanto ambiente del suceder, vendría a ser pura ontología o razón del ser histórico del hombre o, dicho de otra forma, expresaría el ser del hombre en lo que ha sido. En cambio la historia como conocimiento, se disuelve indistintamente en ambos términos de la pareja Ciencia-Arte.

En *Mi idea de la historia*, publicada en 1949, comienza Reyes afirmando que de la Historia, menos que de nada se puede predicar que sea nuestra, supuesto que vivimos sobre un patrimonio común y compatible, por lo tanto, con los demás y además, porque cada hombre es una confluencia provisional entre las corrientes humanas, una interacción pasajera; a la cual, por economía del discurso, se asigna un nombre propio.

"*Mi idea de la historia*, escribe, no es mía, me la prestó el buen sentido". Para Reyes la historia nació con él, al nacer en Monterrey. Afirma más adelante, que él aceptó primeramente la existencia de la historia basado en un paternal argumento de autoridad y que después lo fue admitiendo por argumento de analogías. Asimismo nos confiesa que, pasada su infancia, tres palabras de las famosas coplas de Jorge Manrique por la muerte de su padre, aquellas que rezan: *a nuestro parecer*, fueron las que determinaron su concepto del pasado. "Estas tres preciosas palabras —escribe— me iniciaron en la noción del inevitable y necesario subjetivismo que

[1] Véase "Alfonso Reyes y su idea de la Historia", *Revista de la Universidad* (Monterrey), núms. 14-15, p. 37.

empapa, como humedad vital, todas las interpretaciones históricas''. El pasado, según él, justo por serlo, siempre se nos representa, en alguna forma, mejor que el presente. Este sentimiento romántico es el que le lleva del brazo hasta comprender el valor estético que posee la Historia; disciplina que es ciencia por su apego posible a la verdad y que al mismo tiempo —añade— es poesía, por el aura de belleza que acompaña a toda evocación de lo ya pasado.